

Ana María Shua

“¿Vos, escritora judía?”, dijo mi bobe

1. Escritores judíos en Argentina

Antes de empezar a hablar sobre ese tema infinito y fascinante que soy yo misma, me gustaría darles un panorama general sobre los escritores judíos en Argentina, como forma de mostrar cuál es la tradición y la realidad actual en la que se inserta hoy mi literatura.

El sueño de Alberto Gerchunoff, quizás el más conocido de los escritores judíos argentinos (nacido en Rusia en 1883), fue construir un puente de entendimiento cultural para integrar a los judíos como iguales en la naciente nacionalidad Argentina (Salgado Gordon 1992: 287). Algunos estudiosos consideran que fracasó. No fue así. El puente está allí, grande y fuerte. Y donde hay un puente, hay una brecha. La brecha también está allí. Sesenta años después de la muerte de Gerchunoff, los judíos argentinos seguimos siendo judíos, como en cualquier otra parte del mundo.

La comunidad judía argentina es la más grande de América Latina y una de las más grandes del mundo. En el año 2003, el *Joint Research Centre* realizó una investigación sobre la población judía en el área metropolitana de Buenos Aires. La proyección de este estudio confirma la presencia de 250.000 judíos en la ciudad, de los cuales 150.000 viven dentro de los límites de la capital federal: aproximadamente un 6% de la población.

En 1994 se reformó la Constitución Argentina. Hasta entonces, sólo un varón católico podía llegar a presidente. Pero a lo largo de la historia argentina tuvimos muchos políticos judíos que fueron ministros, gobernadores provinciales, legisladores. Hoy tenemos un gobernador judío en Tucumán (Alperovich) y hemos tenido recientemente un Jefe de Gobierno en Buenos Aires (Telerman), un Secretario de Cultura (José Nun), un Ministro de Educación (Filmus) y hasta un director técnico de la selección argentina de fútbol (Pekerman). Por supuesto, hay en Argentina más de doscientos escritores judíos.

¿Qué tienen en común? Todo y nada. Fueron, son (somos, quiero decir) judíos y argentinos y confrontaron la cuestión de su identidad de todas las formas posibles. Es posible relatar la historia de la literatura argentina, con sus tendencias y sus enfrentamientos, sólo a través de los escritores judíos.

La primera oleada de inmigrantes judíos llegó a Argentina en los últimos años del siglo XIX. Treinta años después, algunos de sus descendientes (muchos de ellos nacidos en Europa pero criados en Argentina) ya eran parte de nuestra literatura.

Durante muchos años (y esto es sólo un ejemplo), la literatura argentina estuvo dividida en dos campos rivales, relacionados con el estatus social de sus autores: Florida y Boedo.

Los escritores del grupo de Boedo escribían literatura realista, por momentos naturalista. Se jactaban de cierta indiferencia con respecto a la forma literaria. Tomaban sus personajes de las clases media y baja, elegían los paisajes de los arrabales, los barrios pobres, los conventillos. Alardeaban de su conciencia social.

En cambio, los escritores del grupo de Florida, representados por la famosa revista *Sur*, eran extremadamente cuidadosos con respecto a la forma literaria. Les interesaba la fantasía y la construcción de climas psicológicos. Despreciaban como tema la realidad cotidiana.

Mientras Gerchunoff y Grünberg, como integrantes del grupo de Florida, publicaban en el diario de derecha *La Nación*, Bernardo Verbitsky y César Tiempo eran de izquierda y formaban parte del grupo de Boedo.

Y ese fue sólo el comienzo. A lo largo de toda la historia literaria del país, los escritores judíos desarrollaron diferentes estilos, puntos de vista, lenguaje, escritura, se inscribieron en las más variadas corrientes literarias. No fueron diferentes por ser judíos sino que fueron diferentes como individuos.

Pero entonces, ¿qué nos convierte en escritores judíos? ¿Los temas judíos, la madre judía, el apellido judío? Cualquiera de las tres posibilidades, supongo.

Con respecto a la cuestión de la identidad, debemos considerar el famoso crisol de razas argentino y sus efectos positivos y negativos. Por una parte, tenemos en Argentina una interrelación de colectividades que realmente se mezclan y se combinan, que comparten los mismos barrios, que van a las mismas escuelas. Los términos “italiano-

argentino”, “español-argentino”, “argentino-nativo” sonarían como una broma en mi país. Como dato negativo, las fuerzas políticas de izquierda y de derecha provocaron, por motivos opuestos, el borrado de las diferencias. Desde la derecha, la xenofobia impulsó a los inmigrantes a confundirse todo lo posible con el país, a no transmitir su idioma o su cultura a sus hijos para facilitarles la asimilación. A partir de los años 60, desde la izquierda, se propagó la sensación de que la recuperación de las raíces europeas atentaba contra el latinoamericanismo esencial que se exigía en esos años. El hombre nuevo no tenía pasado. Muchos escritores rechazaron su propia experiencia familiar como tema literario y prefirieron circunscribirse a describir el deterioro de familias aristocráticas, trabajar con personajes sin pasado familiar u optar por la invención de familias argentinas promedio, de origen español o italiano, representantes de la mayor parte de la inmigración pero ciertamente no de toda.

Grandes escritores e intelectuales como Liliana Heker o Noé Jitrik se negaron y se niegan todavía a ser considerados “escritores judíos”. María Esther de Miguel, a quien nadie consideraría una intelectual de izquierda, fue un caso curioso. Durante años fue la autora más popular de Argentina con sus novelas históricas. Su madre fue una judía conversa, pero eso era casi un secreto de familia. La misma María Esther fue monja laica hasta los cuarenta años. Y, aunque nunca escribió sobre su origen judío, aceptó hablar del tema en sus últimos años. Y participó, incluso, de los Encuentros de Escritores Judíos Latinoamericanos que tuvimos en Argentina y Brasil y que, para muchos de nosotros, cumplieron la función de despertar nuestra conciencia de ser judíos.

Pero incluso en los 60 hubo muchas excepciones valiosas, como Germán Rozenmacher, uno de nuestros mejores cuentistas, un minimalista chejoviano antes de que el minimalismo norteamericano influyera en nuestra literatura, autor de la conocida obra de teatro, *Réquiem para un viernes a la noche*. Y entre las escritoras tenemos *Músicos y relojeros*, de Alicia Steimberg, una de las primeras mujeres en escribir sobre una familia judía en Argentina.

Observemos, sin embargo, que no sólo el pasado judío se elide, tampoco el pasado armenio, inglés o árabe encuentra cómodamente su lugar en la literatura argentina de los 60. Quiero aclarar que no objeto esas elecciones perfectamente lícitas y que no tienen relación con la

calidad de las obras. Es, simplemente, un dato sociológico más que sirve para entender nuestra historia cultural. Pedro Orgambide, Humberto Constantini, Isidoro Blaisten eligieron temas judíos en una parte de su literatura. David Viñas, un crítico y escritor que cambió y formó el punto de vista de la crítica en la Argentina, es más ambiguo: por momentos acepta y por momentos niega su judaísmo. En aquel momento muchos autores temían no ser considerados lo bastante latinoamericanos si reclamaban su identidad judía.

En los 70, los escritores judíos sufrieron el destino común de toda la *intelligentsia* nacional. Todavía antes de la dictadura, escritores, actores, directores de cine, psicoanalistas, amenazados por la Triple A, iniciaron el camino del exilio. Además de los asesinados y desaparecidos, los escritores y escritoras judíos Futoransky, Vajsman, Raznovich, Jitrik, Gelman, Orgambide, Viñas, entre muchos otros, escribirían una parte de su obra en el exilio. Cuando cayó la dictadura, casi todos volvieron al país.

Otro salto en el tiempo y estamos en los 90, la década en que sufrimos dos atroces atentados fundamentalistas en Argentina. Cuando una bomba destruyó la Embajada de Israel en Buenos Aires, matando veinticuatro personas, muchos judíos pensamos que el atentado era parte de la guerra de Medio Oriente y que, como argentinos, no nos concernía. Pero dos años después, otra bomba destruyó la AMIA, la Asociación Mutual Judía Israelita, matando más de ochenta personas, y la fuerza de la realidad nos obligó a cambiar nuestro punto de vista. Hasta Noé Jitrik, hasta José Pablo Feinman (novelista y sobre todo gran ensayista que hasta entonces sólo admitía tener un hermano judío) publicaron notas en los diarios explicando cómo y por qué se sintieron atacados en forma directa y personal como ciudadanos argentinos y también como judíos.

Hoy la tendencia se invirtió y el movimiento multiculturalista impulsa a los escritores judíos a buscar sus raíces. Muchos autores están escribiendo sobre temas judíos sin que esa elección los haga sentirse menos argentinos. Es imposible mencionarlos a todos. Una de las más interesantes es Manuela Fingueret, que con sus *Blues de la calle Leiva* escribe sobre la convivencia de judíos y no judíos en el barrio de su infancia, y una novela, *Hija del silencio*, sobre la hija de una sobreviviente del Holocausto desaparecida durante la dictadura militar. Silvia Plager, entre muchos otros libros de tema judío, publicó *La rabina*,

una novela sobre una mujer argentina que quiere ser rabina. Vale la pena recordar a los narradores Mario Goloboff o Mario Szchijman. Perla Suez, por su parte, escribió tres novelas sobre las colonias de Baron Hirsch en Entre Ríos, publicadas como *La trilogía de Entre Ríos*. Marcelo Birmajer, judío militante si los hay, escribe constantemente sobre el Once judío, el barrio de su infancia. Pero como en elecciones literarias nada es obligatorio, hay muchos otros escritores judíos que, sin renegar de sus orígenes, escriben también sobre cualquier otro tema, como Carlos Chernov o Sergio Chejfec.

Otro fenómeno muy interesante es el rescate literario de la Zwi Migdal. Después de la llegada de los primeros sastres judíos, rusos y polacos, pero mucho antes de que sus nietos se convirtieran en psicoanalistas, uno de los principales grupos de rufianes en la Argentina fue judío. (El otro estaba formado por rufianes marseleses.) La famosa organización de Varsovia traía muchachas judías a la Argentina para hacerlas trabajar como prostitutas. Algunas eran engañadas por los rufianes, otras elegían escapar del hambre que sufrían en Rusia o Polonia.

En 1925, César Tiempo fue el autor de una famosa broma literaria, *Versos de una...*, firmado por la supuesta Clara Béter. Humberto Constantini dejó después de su muerte en 1987 una novela inconclusa sobre Raquel Liberman, la mujer que se enfrentó con su testimonio a la poderosa organización y ayudó a destruirla.

Hoy el tema de la Zwi Migdal ha sido renovado por Mirta Schalom en *La polaca*. Sobre el mismo tema, Elsa Drucaroff publicó *El infierno prometido*. La muy interesante joven autora Patricia Suárez (Cohen de apellido materno) escribió tres fascinantes obras teatrales llamadas *Las polacas*. Edgardo Cozarinsky lo trata en algunos cuentos y también en la novela *El rufián moldavo*.

Con respecto a la escritura dramática, docenas de autores judíos han escrito sus obras en Argentina desde el famoso Samuel Eichelbaum, en los años 20. Vale la pena mencionar que tanto Eichelbaum como Gerchunoff son hoy de lectura obligatoria en las escuelas argentinas. Mauricio Kartum, Eduardo Rovner, Lucía Larragione, Patricia Suárez, Diana Raznovich son sólo algunos de estos dramaturgos. El tema del nazismo y de los refugiados nazis en la Argentina aparece en muchas de sus obras con la nueva mirada del siglo XXI.

El más importante autor de novela histórica hoy en nuestro país es Andrés Rivera, *né* Marcos Ribak. Sus novelas tematizan sobre todo la historia argentina, pero algunas tienen que ver también con su origen judío. Marcos Aguinis, por su parte, es uno de nuestros pocos *best-sellers*, traducido a muchos idiomas.

En cuanto a los poetas judíos, son tantos que voy a mencionar solamente cuatro: Alejandra Pizarnik, que murió tan joven, en los setenta; Juan Gelman, considerado hoy el mejor poeta argentino, autor de libros en español pero también en ladino, y ganador del premio Cervantes; Tamara Kamenszain, autora de muchos libros que tienen relación con su origen judío, y Eliahu Toker, que escribe en ídish y en español.

Y por su importancia, no me puedo olvidar de dos filósofos y ensayistas: Thomas Abraham y Santiago Kovadloff, que pertenece hoy a la Academia Argentina de Letras, los dos agudamente conscientes de su judaísmo.

Quisiera que acepten mis disculpas por este panorama breve e incompleto. Tenemos tantos escritores judíos en Argentina que por fuerza me he visto obligada a elegir de forma muy arbitraria. Ignoré, por ejemplo, la larguísima lista de escritores que tiene alrededor de cuarenta años o menos, como Martín Kohan, Martín Rejtman, Violeta Gorodischer o Mariano Siskind, entre muchísimos otros.

2. Mis libros

En este panorama se inserta mi propia obra literaria. Debería comenzar por aclarar que yo jamás recibí una educación judía. Soy hija de padres ateos y, por parte de madre, nieta de abuelos asquenazí también ateos, es decir, atea de tercera generación. Mi padre, que venía de una casa religiosa y tradicionalista (mi abuelo paterno era *mizrahí*, del Líbano, mi abuela era sefardí), fue un ateo militante y nada lo aterraba tanto como la idea de que sus hijas pudieran volcarse a la religión. Cualquier atisbo de educación judía le parecía un temible paso en esa dirección. Recuerdo haber participado en las reuniones de evangelistas del Parque Rivadavia, donde nos enseñaban a cantar que “Hay perdón por la muerte de Jesús –hay perdón por su muerte en la cruz– hay perdón, hay perdón, para todos hay perdón, por la muerte del Señor Jesús”. Mientras cantábamos, la catequizadora nos mostraba un afiche

donde había dibujado un negro, un chino, un señor morocho de barba negra, un indio con plumas. Pero como los judíos somos difíciles de dibujar, cuando terminábamos la canción, la muchacha se apresuraba a aclarar con entusiasmo: “¡Hasta para los judíos hay perdón!” Mi padre no se preocupaba en absoluto por mi participación en esas reuniones, y en cambio temblaba cuando se enteraba de que habíamos estado en un cabalat shabat en el club de la Sociedad Hebraica Argentina el viernes a la noche.

Crecí con la idea de un judaísmo negativo, un judaísmo a la manera de Sartre. Mi propio *zeide* (abuelo) solía decir que ser judío no tenía nada de bueno y que nadie sería judío si pudiera elegir. Éramos judíos porque los demás nos consideraban así, y hubiera sido vergonzoso negarlo. Mientras hubiera un sólo antisemita, seguiríamos siendo judíos. ¿Y después? Después quién sabe. Mi padre era un librepensador universalista, como correspondía a su época. Creía en la disolución de las fronteras, en la desaparición de las religiones, llegó a tomar algunas clases de esperanto. Entretanto, por supuesto, participaba activamente en la política nacional. Entretanto, aunque nos mandaban a escuelas del Estado, mis padres eran socios de clubes judíos y se movían en un ambiente judío.

Escribí mis primeros dos libros (que no fueron los primeros en publicarse) en una alegre inconsciencia de las consecuencias que mi propio judaísmo llegaría a tener en mi literatura. *La sueñera*, microrrelatos, y *Los días de pesca*, cuentos, no representaron en ese sentido ningún desafío.

Soy paciente fue mi primera novela. Me dispuse a escribirla con toda clase de dudas técnicas, profundas, estructurales. Yo no soy una persona observadora y las cuestiones espaciales me perturbaban. ¿Dónde sucedería mi historia? ¿Cómo era ese lugar? Si hay varios personajes en una habitación, y dos de ellos se ponen a conversar, ¿qué hacer con los demás? Me decidí por la vieja regla clásica de la unidad de lugar: todo sucedería en una habitación de hospital. El enfermo estaba allí, acostado. Había pocos muebles: la cama, la mesita de luz, el *placard*, una silla. Podía ver dónde estaban la puerta y la ventana. Los demás personajes iban a entrar y salir de la habitación, de a uno, dos como máximo.

Pero en los cuartos de hospital, en Argentina, hay un crucifijo sobre la cama. ¿Tendría un crucifijo todo el tiempo allí, presidiendo

cada una de las páginas de mi novela? Aunque no lo mencionara, la idea me resultaba insoportable. Tuve que hacer que mi paciente lo descolgara y lo guardara en un cajón, como hacían mis padres en una situación equivalente. Al cuarto entraba una monja, que venía a preparar a mi protagonista para una operación. Él mismo se ocupó de aclararle, en una frase al pasar, que no compartía su religión: no pude evitarlo. El protagonista de *Soy paciente* ya era judío, aunque por el momento nadie se dio cuenta. Así escribí mi primera novela criptojudía.

Después vino *Los amores de Laurita*, un libro que fue *best-seller* en su momento y se sigue reeditando. Laurita es, por supuesto, un álter ego mío. El tema de las relaciones de un autor con su álter ego es fascinante. Ese otro, siempre tan rápido, tan agudo, tan brillante, se puede permitir todo lo que el autor hubiera querido ser, hacer y decir. Laurita fue ya desembozadamente judía. Una judía un poco distraída, como yo, sin grandes conflictos con su identidad, pero con una clara y definida familia judía que, entre otras cosas, quería para ella “un buen muchacho de buena familia”. Hago notar que en Argentina *Los amores de Laurita* no se considera literatura judía latinoamericana: hoy se ha convertido en un modesto clásico del erotismo nacional.

Laurita se publicó en el 84. En 1986 me invitaron por primera vez a un Encuentro de Escritores Judíos Latinoamericanos. Ése fue el momento en que mi bobe lanzó la exclamación que da título a esta charla: “¿Vos, escritora judía?” Y recién ahora me doy cuenta de que había allí un problema de traducción. Mi bobe estaba pensando en la expresión “escritora idishe”. ¿Y cómo iba a ser una escritora idishe alguien que escribía en castellano?

El tema del idioma se me planteó como un problema y un desafío interesante con mi siguiente novela: *El libro de los recuerdos*.

¿Por qué escribir una novela? ¿Quién puso en los escritores esa maldita semilla de ambición y vanidad que los impulsa a una tarea tan absurda? Escribir *El libro de los recuerdos* me llevó unos cuatro años o quizás seis, porque hubo un par de años más en que simplemente *no pude* escribirla. *No* escribir una novela también puede llevar tiempo y esfuerzo; quiero decir que llegué a tener el primer capítulo (publicado por primera vez en 1989) y por más que lo intentaba de un modo o de otro no encontraba la forma de seguir adelante.

Todo empezó cuando me propuse escribir una crónica histórica, objetiva, de mi familia paterna. No me faltaba tema. Mi abuelo Musa

era judío libanés, y su esposa Ana era hija de marroquíes. Tuvieron diez hijos. Mi padre, que se llamó Guillermo por la admiración que el abuelo sentía hacia el káiser alemán, fue el número ocho. El último, mi tío Benjamín Hipólito, es séptimo hijo varón y fue ahijado del presidente Irigoyen de acuerdo a una ley pensada para contrarrestar la muy argentina leyenda del lobisón.

Tía Betti murió vaya a saber de qué cuando era chica: nunca la conocí. Tío Yaco murió a los veinte años de peritonitis, muy poco antes de que empezaran a usarse las sulfamidas. Tía Ester tuvo que fugarse de la casa con su novio después de un intento de suicidio, porque el abuelo no le permitía casarse con un cristiano. Tío Abraham, postrado por un derrame cerebral, se casó por fin con tía Amalia, que había trabajado para la familia durante veinte años como empleada doméstica.

El caserón de Flores, que había pertenecido desde siempre a la familia Schoua (mi verdadero apellido), se vendió después de la muerte de mis abuelos. Durante un tiempo lo transformaron en un Club de la Tercera Edad. Allí, cuando tenía más de setenta años, en un baile de sábado a la noche, murió de un ataque al corazón mi tío Jaime. La casa se convirtió después en prostíbulo, con el nombre de *El Partenón*.

Podría haber sido una crónica apasionante.

Pero, como cualquier escritor lo sabe, el libro que finalmente publicamos nunca es el que hubiéramos querido escribir. Sino el resultado de una lucha entre ese texto fantasma y el que se va construyendo a sí mismo en el proceso de escritura.

De a poco fui dejando de lado la verdadera historia. El primer éxito de la ficción sobre la realidad partió de mis tímidos intentos de investigación formal. La verdad no sólo es imposible de contar: no existe. Mis parientes discrepaban en cuestiones fundamentales acerca de cada una de las anécdotas familiares. Lo que ellos querían contarme no era lo que yo tenía ganas de escribir. Se desmentían unos a otros, enojados y doloridos.

Desde hacía un tiempo molestaba a mis familiares con preguntas raras, sin atreverme a encender el grabador, cuando vino de Australia, por unos días, mi tía Ester. Era una gran oportunidad para preguntarle más detalles sobre esa historia que mi padre me había contado tantas

veces. Cómo mi tía Ester se escapó de la casa del abuelo para casarse con su novio, con la ayuda de sus hermanos.

“¿Con la ayuda de QUIÉN?”, dijo mi tía, tomando café, entre indignada y sorprendida. Sus hermanos y su madre, me aseguró, la habían abandonado cuando más los necesitaba. Lo curioso fue que su versión no sólo chocaba con los relatos de mis padres, sino con mis propios recuerdos de infancia. ¿Quién estaba mintiendo y por qué?

Como una iluminación, me fue revelado entonces que yo no quería, ni podía, ni me interesaba escribir ninguna crónica familiar. Comprendí por primera vez el viejo problema de los historiadores, que siempre había criticado. ¿Por qué no podían ser objetivos, limitarse a contar la verdadera historia? Muy simple: porque no es posible contar la Verdadera Historia sin tomar partido. Y yo no quería tomar partido entre mis familiares, decidir quién estaba mintiendo y quién decía la verdad. Una vez más elegí la ficción. Elegí escribir una novela acerca de cómo se construye un relato.

El pasado es tan improbable como un sueño, sólo los hechos son verdaderos, el más riguroso de los relatos es apenas verosímil. Así nació *El libro de los recuerdos*, donde múltiples voces se contraponen y discuten, donde sólo un fantasmagórico Libro de los Recuerdos dice la verdad, pero siempre en forma parcial, azarosa, arbitraria. Y entre todos coinciden en dar forma a una historia dudosa, de límites mal definidos, tan poco confiables como la ficción, como la memoria misma.

Muy pronto necesité la libertad de trabajar con mis propios personajes. Como el doctor Frankenstein, corté, cosí, uní trozos de personas reales hasta formar esos monstruos que no deberían obedecerme, esclavos de papel concebidos para la rebelión.

Una vez que abandoné toda idea de verdad y elegí definitivamente la verosimilitud, el trabajo comenzó a hacerse más sencillo. Me quedé con la casa de Flores de mis abuelos paternos o, mejor dicho, con mi recuerdo infantil de esa casa que no intenté cotejar con ninguna realidad. Me quedé con la contradicción y la confusión de los recuerdos.

Eché de la casa a la familia morocha de Medio Oriente y se la entregué a unos judíos polacos de tez clara y ojos celestes. Los llamé *Rimetka*, un apellido que nunca existió en Polonia, un apellido típicamente argentino, nacido de la cruza entre un pasaporte dudoso y la arbitrariedad ortográfica de un empleado de inmigración.

A Gedalia Rimetka y su mujer les di cuatro hijos, dos mujeres y dos varones. Con un poco de ayuda de don Gedalia, y el aporte de la historia argentina, cada uno de ellos logró ser desdichado a su manera. A lo largo de cincuenta años de vida nacional, mis pobres monstruos hacen lo que pueden, van sorteando golpes de Estado y devaluaciones, suben y bajan en esta lotería de Babilonia que es la historia de nuestro país.

Algo, sin embargo, sobrevive o, mejor dicho, nace de mi idea original y mi primera y fracasada investigación: *El libro de los recuerdos*. Es la conciencia que distingue los hechos de las palabras con las que es posible relatarlos. Las distintas versiones se suman, se complementan, se contraponen, es imposible saber cuál es la verdadera. En *El libro de los recuerdos*, en cambio, solamente se dice la verdad. Pero no toda.

Ahora bien: si la familia era asquenazí, resultaba imprescindible que el ídish estuviera presente de algún modo. Pero ¿cómo? Tomé una decisión drástica que me pareció que podía tener efectos interesantes en el texto: no iba a emplear ni una sola palabra en ídish, ni mencionar su existencia. El idioma debía estar presente, pero de otra forma, de un modo soterrado, casi clandestino, como había sucedido y sucede en realidad en muchas familias de inmigrantes, no sólo judías, en las que los hijos, en su afán de integración a la sociedad en la que viven, rechazan el idioma de sus padres y se niegan a aprenderlo.

Así nació el capítulo que se titula “El idioma”, donde se habla del ídish sin nombrarlo. Y sobre todo, el capítulo en que la Babuela, desde el cementerio, cuenta su propia versión de la historia. La Babuela habla en castellano a regañadientes, con dificultad, con la sensación de que se trata de un idioma rígido, limitado, que no le permite expresarse. Y lo que hace constantemente es traducir en forma literal expresiones del ídish. Yo no hablo ídish, de modo que tuve que recurrir a mi mamá, a mi marido (que es hijo de padres inmigrantes) y a varios amigos que sí lo hablan. El ídish es un idioma muy rico en expresiones idiomáticas. Hice una lista de las expresiones que me proponían, en su traducción literal, y en base a ese material escribí el capítulo de la Babuela.

Hacía tiempo ya que yo había empezado a sospechar que algo más, algo rico y maravilloso se ocultaba debajo de ese manto de negatividad en relación con lo judío en el que había crecido. Por supuesto,

en mi adolescencia había leído la Biblia, al menos una buena parte, siempre un poco sorprendida de no encontrar referencias al demonio ni al mundo después de la muerte. Ahora, de a poco, estaba empezando a descubrir algunos elementos esenciales de la cultura judía. Mi relación con el folklore judío empezó cuando estaba escribiendo un libro para chicos de cuentos de miedo basados en cuentos populares. Quise incluir un cuento judío y se me ocurrió buscar la historia del Golem. Por primera vez fui a la biblioteca de la AMIA y, además de la historia del Golem de Praga, que recién empezaba a conocer, y de muchos otros Golems fracasados y menos conocidos, me enteré de la existencia de un riquísimo acervo de cuento popular judío que desconocía por completo. Nadie me había contado que los judíos, tan sobrios en su religión intelectual y despojada, habían tenido también tantas creencias populares como cualquier otro pueblo. El reino de los demonios judíos me resultó fascinante. Pero no me conformé con los cuentos. ¿De dónde habían salido todos esos demonios? ¿Cómo se justificaba su existencia en este mundo? ¿Quién los había creado? ¿Y los *dibukim*? ¿Qué eran en realidad? ¿También diablos, como creía la mayor parte de los judíos con los que hablé? De a poco, rastreando el origen de los demonios, y las historias de Espíritus Errantes fui descubriendo la literatura midrásica, el Talmud, la Mishná de Yehudá... Me interesé en la Cábala, en el jasidismo... Había entrado en un camino sin retorno.

La primera consecuencia fue mi libro *Cuentos judíos con fantasmas y demonios*. Hacía tiempo que venía pensando en ese proyecto, pero no lograba interesar a ninguna editorial. Es razonable: los libros que llevan la palabra “judío” en la tapa tienen un *target* limitado. Cualquiera puede comprar cuentos chinos, cuentos árabes, cuentos armenios o japoneses. Pero sólo los judíos compran cuentos judíos. En esa época apareció en Buenos Aires la editorial Shalom, que se sostuvo unos pocos años. A su dueña, la editora Patricia Finzi, la idea de los fantasmas y demonios de la tradición judía le pareció maravillosa. También para ellos escribí *Risas y emociones de la cocina judía*, un libro completamente diferente, una combinación de recetas con humor costumbrista, en el que me divertí mucho describiendo las costumbres alimentarias de la colectividad judía argentina.

Lo que siguió fue otro encargo editorial: *Sabiduría popular judía*. Una recopilación de citas que me obligó a seguir avanzando en mis

lecturas sobre judaísmo. Unos años después reescribí el libro agregando citas de los grandes hombres y mujeres judíos para una edición en portugués que se publicó en Brasil. No volví a escribir un libro en el que lo judío tuviera una importancia tan obvia. Sin embargo, estoy convencida de que siempre está allí, en todo lo que hago, como una napa profunda que corre entre líneas por debajo de mis textos.

Quiero a mi país, Argentina, y educo a mis hijas en el amor a nuestro suelo y también en la conciencia, extraña y dual, de que por grande que sea ese amor, ninguno de nosotros puede estar seguro de que no tendrá que embarcarse otra vez, alguna vez, en el navío de los inmigrantes.

Por el barco que trajo a la Argentina a mis abuelos polacos, por el que trajo a mi abuelo libanés, por el avión que se llevó a mi hermana a los Estados Unidos, por los navíos en los que quizás se embarcarán, otra vez errantes, mis hijas o los hijos de mis hijas, por mi argentinidad y mis contradicciones, por mantener la identidad en la diáspora, por el navío de los inmigrantes brindo. Como dice una antigua canción sefardí:

Perdimos a Sión,
perdimos a Toledo,
no hay consolación.

¿Yo, escritora judía? ¡¡Nu, parece que sí, bobe!!

Bibliografía

Salgado Gordon, Maggi (1992): “Alberto Gerchunoff and the Bridge on the River Plate”. En: *Hispania*, 75, 2, pp. 287-293.

